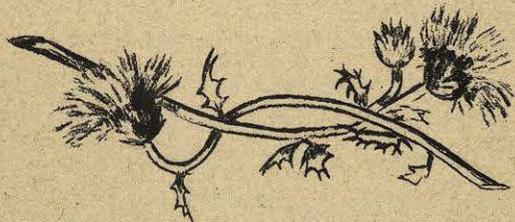


traño, por consiguiente, que muchos se refugien á los pies de Cristo, que nos fortalece contra el dolor y nos permite vislumbrar la esperanza de otra vida en que triunfarán la verdad y la justicia.

Por mi parte, para recobrar íntegramente mi fe perdida, tal como la tuve en mi niñez, procuro renovar en mi alma el candor infantil, la sencillez de los pequeños; procuro imitarte á ti, pobre mujer postrada con tanto fervor en la iglesia medio desierta, ingenua cristiana, que me hiciste sentir el noble deseo de emularte.



X

Nochebuena Imperial

(1811)

Estamos en la Nochebuena de 1811. Napoleón trabaja, solo, en su despacho de las Tullerías. En la espaciosa estancia reina casi completa obscuridad, y entre las sombras relucen débilmente aquí y allá algunos objetos dorados, el marco de un cuadro invisible, las dos cabezas de león en que rematan los brazos de una butaca, los candelabros que adornan la chimenea, la borla de algún cortinaje. Sobre la mesa, las bujías, cubiertas con anchas pantallas, alumbran tan sólo un

reducido espacio lleno de atlas geográficos y libros encuadernados en tafílete, que llevan todos la marca de una N y la corona imperial.

Hace ya cerca de dos horas que el titán trabaja, inclinado sobre los mapas y sobre los datos de su estado mayor, la frente formidable cruzada por un negro mechón, aquella frente que, si los pensamientos pesaran, habría pesado tanto como el mundo cuya conquista meditaba.

El atlas abierto presenta una carta del Asia; y la mano de Napoleón, nerviosa, delicada, femenina, sigue lentamente con el índice, á través de la Persia, un misterioso camino hacia el Indostán.

Sí, hacia la India, y por tierra. ¿Por qué no? Puesto que su marina ha sido vencida y aniquilada, el conquistador no tiene otro camino que éste para ir, al través de selvas fabulosas, á herir á Inglaterra en su mismo corazón, es decir en su imperio colonial, en su tesoro.

No le basta haber emulado las hazañas de César y de Carlomagno: quiere eclipsar las de Alejandro. Esta aspiración le parece la cosa más natural, puesto que en Oriente resuena todavía el eco de sus victorias. El Nilo le vió pasar un día, escuálido y enfermizo, montado en un dromedario. En las riberas del Ganges sólo el elefante de Poro (1) sería digna montura del

(1) Rey de una gran parte de la India en tiempo de Alejandro, vencido primero y aliado luego del conquistador macedonio.— (N. DEL T.)

majestuoso emperador. Conoce á maravilla el arte de arrastrar en pos de sí las multitudes fanatizadas. Parécele ya marchar al frente de sus nuevos soldados de semblante bronceado y blanquísimo turbante. Cree ver á los rajás cargados de ricas joyas, alternando con su estado mayor, mientras él interroga acerca de su destino á los ídolos monstruosos de diez brazos con mitra de pedrería, ya que en Egipto la Esfinge de achatado rostro que él contempló pensativo, con las manos apoyadas en su sable corvo, no quiso revelar sus secretos.

¡Emperador de Europa! ¡Sultán de Asia! He ahí los dos títulos que quiere mandar grabar sobre su sepultura.

Sólo un obstáculo se levanta contra la realización de sus planes: ¡la Rusia inmensa! Mas ya que no ha podido atraerse la caprichosa y tornadiza amistad del autócrata ruso, le impondrá con las armas la alianza.

Por esto Napoleón hojea con nerviosa mano las listas voluminosas de su ejército invasor. Después de vencer al coloso del Norte le arrastrará como vasallo, con sus hordas de cosacos, á la conquista del Oriente.

¡Emperador de Europa y Sultán de Asia! La empresa no es superior á su ambición ni á su genio indomables. Y cuando haya fundado su prodigioso y colosal imperio, no habrá peligro de que se lo repartan sus generales, como sucedió con el del guerrero macedonio. Porque desde el veinte de marzo Napoleón

tiene un hijo, futuro heredero de su gloria y de su poder. Una sonrisa de felicidad se dibuja en los crispados labios del Emperador, al pensar en el niño que duerme en una cercana estancia del palacio silencioso.

De pronto levanta la cabeza, sorprendido. ¿De dónde viene ese extraño y profundo murmullo que atraviesa las gruesas paredes y los tupidos cortinajes del despacho? Parece que zumban cadenciosamente las grandes abejas de oro bordadas en la tapicería. El Emperador escucha con atención, y de pronto llegan distintas á su oído algunas vibraciones metálicas.

—¡Ah, ya! exclama, la Nochebuena, la misa del gallo.

Son, efectivamente, las campanas de todas las iglesias de París, que celebran el nacimiento de Jesús; las campanas que Bonaparte restableció no ha mucho en sus campanarios, procurando, como Cónsul pacificador, reconciliar á tantos franceses enemigos. ¡Cuántas veces las han volteado en su honor, anunciando el *Te Deum* por sus victorias! Y cómo repicaron hace algunos meses, el día del nacimiento del Rey de Roma, día memorable en que Dios, al conceder un hijo al Emperador, parecía ponerse manifiestamente de su parte, reconociendo la legitimidad de su obra y asegurando la duración de la misma.

Mas si suenan esta noche fría y clara, tan alegres y triunfales como en los días de Austerlitz y de Wagram, suenan por el hijo de un carpintero, por el hu-

milde niño nacido hace tantos años en un establo, y repiten con sus lenguas de bronce la bella invocación de los ángeles: «Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»

El Emperador escucha las campanas de Nochebuena. Recuerda su infancia oscura y miserable, la misa del gallo que decía su tío el arcediano en la catedral de Ajaccio, el regreso de toda la familia después de la misa al humilde hogar, testigo de tantas estrecheces soportadas con dignidad; recuerda la augusta figura de matrona de su madre presidiendo la cena frugal de Nochebuena. ¡Ah! Su hijo, el hijo del victorioso Emperador y de la archiduquesa de Austria, no conocerá ninguna de esas miserias, porque será el dueño del mundo.

Afuera, la helada atmósfera sigue vibrando con el repique de Nochebuena.

A la puerta de las Tullerías un veterano de la vieja guardia golpea el suelo con los pies para sacudir el frío; quizás se acuerda en este momento de algún villancico que aprendió en el regazo materno, y sonrío enternecido pensando en el niño Jesús acostado en su pesebre. Pero el Emperador no oye ya las campanas ni piensa más que en su hijo.

Súbitamente siente un deseo irresistible de verle; se levanta, da una palmada y al momento se abre una puertecilla disimulada entre los tapices, por donde aparece Roustán, el fiel mameluco. A una señal de su amo

toma uno de los candelabros y va alumbrando á Napoleón por los desiertos corredores, en dirección al departamento del niño. El Emperador despide con un gesto á la nodriza y demás mujeres de la servidumbre y se queda en pie junto á la cuna.

El Rey de Roma duerme profundamente. Sobre la blancura de las sábanas y encajes, que cruza de parte á parte el gran cordón de la Legión de honor, se destacan dos manchas agradables de carne infantil: la carita inocente, con los ojillos entornados, medio hundida en la almohada, y una diminuta mano regordeta, colorada, que descansa fuera del embozo. Sobre el candor, la pureza, la inocencia de tal cuadro, pasa el ancho lazo encarnado obscuro, como presagiando el río de sangre que habrá que derramar para que esta cabecita tan débil llegue á sostener un día la corona más pesada del universo, y esta mano diminuta, delicada como una flor, pueda empuñar un haz de viejos cetros.

Napoleón contempla á su hijo. Imagina—y jamás la vanagloria acarició más dulcemente el corazón de un hombre—que los grandes dignatarios de su corte, sus generales superiores á los héroes homéricos, sus ministros y senadores se inclinan ante esta cuna sobrecogidos de respeto, y que hasta los jacobinos, los viejos regicidas, encantados de vestir la librea imperial, estimarían como un favor supremo el poder besar esta manecita infantil.

Napoleón medita, y, entre el confuso rumor de las

campanas que anuncian la misa de Navidad, parecele oír el andar acompasado de sus tropas y el rodar de



sus cañones por los lejanos y helados caminos de Alemania y de Polonia. Ebrio de ambición paternal, piensa más que nunca en su próxima conquista de Rusia y de la India, y se promete que ha de dejar á su heredero

todos los tronos del viejo mundo. Le regaló al nacer la ciudad de San Pedro; pronto el vástago imperial va á tener entre sus juguetes otras ciudades sagradas.

¡Emir de la Meca, Rajá de Benares! ¡Hermosos títulos que se unirán al de Rey de Roma!

¡Ah! ¿Por qué no son más fecundas las mujeres francesas? ¿Por qué no ha de tener el invencible conquistador un millón de soldados en pie de guerra? No sería entonces el viejo mundo sino el globo entero lo que pondría Napoleón entre estas manos diminutas.

Así desvaría Bonaparte, sordo á la voz de las campanas, sin pensar un instante en Aquél que reina en los cielos, para quien los mayores imperios son hormigueros despreciables. Así desvaría, sin prever el desastre de su ejército entre las nieves de Beresina, sin adivinar que la metralla inglesa abatirá, una por una, las águilas todas de sus tropas escogidas, y destrozará el batallón sagrado en Waterloo; sin vislumbrar la roca solitaria en medio del Océano, donde le esperan las torturas de Prometeo; sin ver, sobre todo, á ese joven pálido, el ex Rey de Roma, paseando tristemente por el parque de Schoenbrünn, con una condecoración austriaca sobre su blanco uniforme y lanzando una tosecilla seca á cada paso que da sobre las hojas muertas y amarillas.

Y mientras el Emperador sigue en su loca quimera é imagina atrevidamente el reinado de su hijo y de sus sucesores sobre todo el universo, y se contempla á sí

mismo en el porvenir, convertido por el tiempo en un héroe legendario, especie de mito fabuloso, nuevo Marte, brillando como un dios solar en medio del Zodíaco de sus doce generales, las campanas siguen lanzando sus sonos de alegría y de triunfo en honor del niño de Belén, el que verdaderamente conquistó el mundo hace diez y nueve siglos sin derramar una gota de sangre de sus enemigos, antes bien venciéndolos con la paz y con el amor é inaugurando entre los hombres su reinado eterno.

